

28 de enero de 2024 -- 4º domingo "B"

[Deut 18:15-20; 1 Cor 7:32-35; Mc 1:21-28](#)

HOMILÍA

Nuestro Evangelio comienza con estas palabras: "Jesús entró en la sinagoga el día de reposo y se puso a enseñar..." Veamos el contexto de esta historia en el Evangelio de Marcos. Estamos en el principio del Evangelio. Jesús fue bautizado y pasó cuarenta días en el desierto, donde fue tentado, tras lo cual regresó a Galilea y eligió a sus discípulos. Entonces, dice el texto literal del evangelio, él y sus discípulos fueron a Cafarnaúm, y inmediatamente en el día sábado entró en la sinagoga y enseñó. Inmediatamente (¡otra vez este adverbio!) curó a un hombre que estaba afligido por un espíritu impuro .

Este fue el comienzo del ministerio de Jesús según el evangelio de Marcos, y la primera vez que habló en público, y el primer milagro que realizó. Es en este momento cuando los Evangelios de Mateo y Lucas sitúan el Sermón sobre la Montaña. En cuanto a Marcos, no menciona en absoluto el contenido de la predicación. Lo único que quiere señalar es que Jesús habló con autoridad, tanto que todos se asombraron. Pero hay más. Las dos cosas que Jesús hizo según Marcos son: a) que enseñó y b) que expulsó espíritus malignos, y que hizo ambas cosas con autoridad.

Marcos también subraya el contraste entre el espíritu maligno y Jesús. En la mentalidad de la época, se creía que era posible expulsar a un espíritu maligno mediante fórmulas y, sobre todo, que se podía ejercer autoridad sobre un espíritu o sobre alguien si se le podía nombrar. Por eso el espíritu maligno le dijo a Jesús: "Sé quién eres, el Santo de Dios". Esto no es ciertamente una declaración de fe, sino un esfuerzo por parte del espíritu maligno para tomar el control de Jesús. Pero Jesús no utiliza esos trucos. Simplemente dice "¡Silencio! (¡Probablemente usó una expresión más popular!) y salga de ese hombre". Simplemente una orden, expresada con autoridad.

Por eso la gente se asombra: "Enseña con autoridad", dicen, "y expulsa los demonios con autoridad".

En el pueblo de Israel, antes de la venida de Cristo, había tres funciones o mediaciones importantes, interdependientes pero distintas entre sí: la del Rey, la del Sacerdote y la del Profeta. Al Rey se le confiaba la esfera política, y al Sacerdote la esfera del culto; pero el Profeta era el portador de la Palabra de Dios en todos

los aspectos de la vida, tanto individual como social.

Jesús siempre se manifestó no como sacerdote o rey, sino como profeta. Sin embargo, era un tipo de profeta completamente nuevo. No es simplemente el portador de los mensajes divinos; los pronuncia en su propio nombre; y ejerce la autoridad sobre los espíritus malignos en su propio nombre. Más tarde enviaría a sus discípulos a enseñar y expulsar demonios también en su nombre.

La curación, así como la enseñanza, no era un servicio individual ofrecido a personas aisladas; formaba parte de la construcción del Reino, y también era parte del acto mesiánico por el que se inauguraba el Reino. Fue una obra de amor, introduciendo a los enfermos en el poder curativo del Misterio Pascual.

La celebración de la Eucaristía es nuestro acceso diario al poder curativo de Jesús. Al celebrarla hoy, acerquémonos a Jesús con fe, exponiéndole todas nuestras heridas y enfermedades físicas, psicológicas y espirituales, y él nos llevará a una nueva vida.

Armand Veilleux